

I Congreso Latinoamericano de Teoría Social. Instituto de Investigaciones Gino Germani. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2015.

Resistencia, testimonio y lucha. Desde la pluma a las armas. Construcción teórica y práctica política en Latinoamérica y Argentina entre 1955 y 1976.

Segura, Laura.

Cita:

Segura, Laura (2015). *Resistencia, testimonio y lucha. Desde la pluma a las armas. Construcción teórica y práctica política en Latinoamérica y Argentina entre 1955 y 1976. I Congreso Latinoamericano de Teoría Social. Instituto de Investigaciones Gino Germani. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-079/154>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Laura Segura

Mail: laurysegura@gmail.com

Córdoba, Julio de 2015.

Resistencia, Testimonio Y Lucha: Desde La Pluma A Las Armas

Construcción teórica y práctica política en Latinoamérica y Argentina entre 1955 y 1976.

*“Instrúyanse, porque tendremos necesidad
de toda vuestra inteligencia.
Agítense, porque tendremos
necesidad de todo vuestro entusiasmo.
Organícense, porque tendremos
necesidad de toda vuestra fuerza.”
(Antonio Gramsci)*

Resumen...

Es indiscutible la actualidad del pensamiento de Antonio Gramsci en el mundo entero. La circulación de su pensamiento generó diversos usos de sus categorías teóricas para la comprensión de una realidad por demás compleja. Por ello, lo que aquí se propone es un recorrido por algunas de esas categorías que lo transformaron en uno de los pensadores más influyentes del Siglo XX; influencia que se materializa en América Latina en los años ´50, con la apropiación, por parte de intelectuales y del discurso político de izquierda, de la producción gramsciana.

Palabras Claves:

Marxismo - Bloque Histórico - Hegemonía - Intelectuales – Príncipe – Reforma Intelectual y Moral – Izquierda – América Latina – Peronismo – Pueblo

Introducción...

Antonio Gramsci, su nombre, sus ideas, sus convicciones, su trayectoria y los instrumentos teóricos que elabora durante su encierro, para comprender y cambiar la realidad de su momento, llegan a ser referentes fundamentales, incluso para generaciones posteriores a su desaparición física, ya que la difusión de sus escritos, luego de su trágico final, es incesante.

Ante la seguidilla de injusticias en un mundo dominado por el capital, este intelectual italiano es referente de las izquierdas mundiales, pero sobre todo de las latinoamericanas, que comienzan a surgir con hambre de justicia y de lucha. Revolución es lo que se quiere, y Gramsci parece ser el camino. Su teoría difundida en nuestro continente, no se limita sólo a ser un bien cultural, es mucho más: es el requerimiento de una sociedad que en esa teoría encuentra, o cree encontrar, elementos para dar cuenta de sí misma, para lograr una “autoconciencia”. Esta difusión implica un recorrido extenso en toda Latinoamérica y en particular en Argentina, con sus “multiformes” realidades.

En el presente trabajo se realiza un repaso sobre las principales categorías gramscianas desde las cuales se define un rico itinerario conceptual en América Latina. Su aporte teórico sirve a una generación de intelectuales de izquierda para repensar una realidad puntual. Interpretación que luego se transformaría en acción a partir de los usos que se realizan de toda su teoría en el continente, y puntualmente en Argentina.

Así se intentará responder al interrogante ¿Hasta dónde influye el pensamiento de Gramsci en el quehacer político e intelectual de Argentina a partir de 1955?, considerando que el derrocamiento de Perón es el hito desencadenante para el surgimiento de una nueva izquierda dispuesta a cambiar una realidad que intenta quitar al peronismo de toda discusión política, cuya lucha debe quedar legitimada gracias a una generación crítica de intelectuales que ahora se concibe a la par de los movimientos populares.

Gramsci: una corta pero intensa vida...

Antonio Gramsci (1891 – 1937), tiene una corta vida. Nace en 1891 en la isla italiana de Cerdeña, donde convive y sufre con la miseria campesina y la represión de los mineros, y fallece en 1937, sólo seis días después de abandonar, ya muy enfermo, la cárcel fascista, donde es confinado a los 35 años, desde 1926, a 20 años y 4 meses de prisión, de los cuales cumple nueve.

En 1911, a sus 20 años, el joven Gramsci se traslada a Turín y gracias a una beca ingresa a la Universidad para estudiar lingüística, glotología y literatura, acercándose a la labor periodística, desde donde muy tempranamente comienza a vincularse con los conflictos obreros de las fábricas automotrices y con la izquierda revolucionaria del Partido Socialista.

Tanto desde el Partido Socialista Italiano (PSI) como luego desde el Partido Comunista (PCI), Gramsci se preocupa especialmente por el desarrollo autónomo de las masas, trabajando en la conformación de Consejos Obreros en las fábricas, aspirando a organizar una institución en su país que terminara con la inercia de los sindicatos, que sólo luchan por reivindicaciones salariales y de condiciones de trabajo, sin trascender al terreno político.

Su idea parte de que todos los obreros, todos los empleados, todos los técnicos, todos los campesinos y todos los miembros activos de una sociedad, pertenecieran o no a un sindicato o partido, deben pasar de simples ejecutores a dirigentes del proceso productivo; de objetos de la organización capitalista de la producción a sujetos de la organización y evolución del proceso productivo (Della Rocca, 2013).

La inacción de su partido lleva a criticarlo duramente y, ante una ruptura inminente del PSI, Gramsci dice:

El Partido Socialista asiste en plan de espectador al desarrollo de los acontecimientos, no tiene nunca una opinión a expresar en relación con las tesis revolucionarias del marxismo y de la Internacional Comunista, no lanza consignas que las masas puedan recoger, que tracen una orientación general y unifiquen y concentren la acción revolucionaria... (Fiori, 2009: 376).

Mientras inicia su liderazgo en el PCI, Italia está al borde de una revolución obrera, y la derecha comienza a reconstituirse detrás del fascismo, que luego impone un régimen de terror.

En este contexto, la gran preocupación de Gramsci tiene que ver con el campo cultural, su tarea educativa, literaria y periodística y de propaganda política, para elevar la conciencia de las clases subalternas, en pos de la revolución:

...Y ese pensamiento (el marxista) no sitúa nunca como factor máximo de la historia los hechos económicos en bruto, sino siempre el hombre, la sociedad de los hombres, de los hombres que se reúnen, se comprenden, desarrollan a través de esos contactos (cultura) una voluntad social, colectiva, y entienden los hechos económicos, los juzgan y los adaptan a su voluntad... (Gramsci, 1918).

Aquí sus análisis comienzan a centrarse en el rol de los intelectuales – en sentido amplio- y su injerencia en la política, la construcción del sujeto del cambio social y de una hegemonía ideológica y política en la esfera de la sociedad civil (Della Rocca, 2009).

Estas ideas, que lo transforman en un ser político en toda su dimensión y lo ayudan a captar la verdadera esencia del fascismo y su desarrollo, son un profundo aporte a la política para combatir el ascenso del fascismo, y junto a la imposición de su discurso en el Congreso partidario de Lyon en 1926, conforman el inicio de su persecución y posterior detención.

Antonio Gramsci es un incansable luchador revolucionario mientras está en libertad y luego un lúcido pensador en la soledad y en las duras condiciones que le depara el encierro: “*Hemos de impedir durante 20 años que este cerebro funcione*”. Obviamente esto no llega a concretarse, ya que durante su encierro produce la inmortal obra que es su propio monumento, los Cuadernos de la Cárcel, enriqueciendo a varias generaciones de militantes y de estudiosos del marxismo en general.

Gramsci, entre Marx y Lenin: El concepto de Hegemonía en la Sociedad Civil...

Antonio Gramsci es un intelectual Italiano que, influenciado por el pensamiento marxista, desarrolla otro, original, respecto a la versión leninista, aunque nunca deja de reconocerse como continuador de Lenin. El planteamiento, del que sólo se encuentran esbozos en la obra de Marx, de una teoría de la política que destaca su esfera de acción relativamente autónoma ¹, la enfatización de los aspectos consensuales, ideológicos y culturales que integran la dominación estatal, el peso que otorga a las tradiciones nacionales y a la idea de pueblo nación, la importancia que asigna al rol de los intelectuales, son todos aportes del pensamiento gramsciano cuya influencia hoy parece resumirse en la renovada vigencia del concepto de hegemonía. Noción ésta, para Gramsci, que se diferencia del modo cómo fue entendida en la mayoría de los casos por los Partidos Comunistas. Para el teórico italiano la

¹ Eric Hobsbawm considera a Gramsci como creador de la teoría política del marxismo. Ver Eric Hobsbawm, *Cómo cambiar el mundo*, Barcelona, Crítica, p. 319.

hegemonía no se manifiesta tanto por la subordinación orgánica a la fuerza dirigente sino que requiere un renovado consenso producto de una reforma intelectual y moral (Jozami, 2013:11); consenso llamado “Sociedad Civil” como uno de los momentos de la superestructura, donde el Estado es la absorción de la sociedad política en la sociedad civil, lugar donde la hegemonía se ejerce, liberada de la sociedad política. Si bien se intenta definir a la sociedad civil, difícil es hacerlo positivamente (Bobbio, 1989).

¿Qué sería la sociedad civil?

Por ahora se pueden fijar dos grandes “planos” superestructurales, aquel que se puede llamar de la “sociedad civil”, es decir, del conjunto de organismos llamados vulgarmente “privados” y aquel de la “sociedad política o Estado” y que corresponden a la función de “hegemonía” que el grupo dominante ejerce en toda la sociedad y el de “dominio directo” o de mando que se manifiesta en el Estado y en el gobierno “jurídico” ... (Gramsci, 2014).

En palabras de Norberto Bobbio:

En una primera aproximación se puede decir que la sociedad civil es el lugar donde surgen y se desarrollan los conflictos económicos, sociales, ideológicos, religiosos, que las instituciones estatales tienen la misión de resolver mediándolos, previniéndolos o reprimiéndolos. Los sujetos de estos conflictos y por tanto de la sociedad civil, precisamente en cuanto contrapuesta al Estado, son las clases sociales, o más ampliamente los grupos, los movimientos, las asociaciones, las organizaciones que las representan o que se declaran sus representantes... (Bobbio, 1989: p.20).

Para Gramsci, la Sociedad del consenso es aquella sociedad destinada a surgir de la extinción del Estado. A la inversa, se da el Estado totalitario, extremo, cuando paulatinamente retoma ese espacio conquistado por la sociedad civil burguesa hasta absorberlo completamente.

Las crisis de los procesos políticos y la teorización que de ellas se hace, encontrarían su solución en la sociedad civil, en donde se encuentran fuentes de legitimación y nuevos espacios de consensos (Bobbio, 1981).

La elaboración de la teoría política y la posibilidad de llevar ésta a la praxis concreta se conjugan en él como en pocos; por ello identifica e intenta desarrollar al marxismo como una “filosofía de la praxis” con posibilidades de adaptación crítica a las distintas realidades nacionales. Un intérprete auténtico y único de su tiempo (Della Rocca, 2013) que plantea la inexistencia de una “realidad” fija por sí misma, sino solamente en relación histórica con los hombres que la modifican. Para Gramsci la realidad no existe fuera del movimiento de la praxis, que es el proceso por el cual los condicionamientos sociales y naturales son tomados a su cargo por los hombres.

La complejidad de su objeto de estudio lo lleva a redefinir el sujeto de la revolución según las concepciones marxistas tradicionales, introduciendo el concepto de las alianzas de todos los grupos dominados y subordinados al poder capitalista. Gramsci ve la necesidad particularmente de una alianza obrero – campesina a la cual suma la articulación con los actores intelectuales, tanto en sus facetas individuales como colectivas a través del partido político.

De aquí surge el concepto de “Bloque Histórico”, con el mayor nivel de homogeneidad y dirección unitaria, que sea capaz de conducir las tareas de revolución de un país. Su concepto de revolución se apoya en la maduración de ese bloque histórico y no en la conquista del poder por parte de un partido revolucionario, tal como afirmaba Lenin (Della Rocca, 2013).

El bloque histórico se conforma uniendo de manera cada vez más orgánica a la dirección de una fuerza política, como sujeto intelectual, con los sectores sociales subalternos que se propone representar. El bloque debe direccionar la reforma cultural y moral, construir hegemonía en la sociedad en aras de los cambios transformadores a nivel político, económico y social en pos de una nueva sociedad (Della Rocca, 2013).

Para alcanzar el resultado al que Lenin llega, es indispensable abrir nuevamente el problema de la relación con el marxismo y la cultura filosófica moderna y buscar en este terreno un nuevo planteo del problema de la teoría general.

La ciencia política leniniana remite, por lo tanto, a una revolución en el terreno de la filosofía, que ha colocado al marxismo en una diversa y más congruente comunicación no sólo con los problemas objetivos sino también con las formas de conciencia de la época contemporánea. A través de esta interpretación del leninismo, Gramsci expresa en realidad su concepción general del marxismo y le otorga una determinada forma expresiva.

Toma de Lenin la idea de Hegemonía (dominio + dirección intelectual y moral), señalando que la Hegemonía realiza la síntesis entre la dimensión política y la cultural y condiciona la conquista, construcción y el ejercicio del poder. El proceso de la Hegemonía requiere que el grupo social en cuestión (como el proletariado en la época de Gramsci y Lenin, y el sujeto – pueblo en la época actual) alcance un grado importante de homogeneidad y obtenga la hegemonía antes de conquistar el poder, dándose el socialismo a partir del consenso.

Para su desarrollo teórico sobre la Hegemonía, Gramsci se vincula estrechamente con la obra de Lenin. En la obra de Hugues Portelli: “Hegemonía y Bloque histórico” se mencionan cuatro aspectos importantes de esta vinculación (Portelli, 1997):

- ✓ El primero consiste en la base de clase de la hegemonía, en una insistencia por demostrar el carácter de clase de la dirección política e ideológica. En Gramsci, se subraya la importancia de la dirección cultural e ideológica ampliando en que si la hegemonía es ético – política no puede dejar de ser también económica, basada en la función decisiva del grupo dirigente.
- ✓ En un segundo punto, Gramsci y Lenin coinciden sobre la organización intelectual de la hegemonía. Retomando el análisis y la concepción leninista de partido, Gramsci insiste en la función del educador.

- ✓ Un tercer aspecto hace referencia a la concepción “base social” de la hegemonía: la necesidad de la clase de apoyarse sobre grupos aliados: para la clase obrera es el campesinado.
- ✓ Un cuarto punto se orienta al análisis sobre el papel del Partido de Acción durante el Risorgimento, el cual se asemeja al de la revolución burguesa en Rusia realizado por Lenin: entender si la clase obrera debe “jugar”, en la revolución burguesa, un rol auxiliar pasivo o si debe participar en la dirección política e impulsar la extensión de la base social de la revolución, incluyendo a las bases campesinas.
- ✓ En donde el concepto de hegemonía se separa al de Gramsci es en la preeminencia de la dirección cultural e ideológica, mientras que Lenin insiste en su carácter político, existiendo una prioridad de la sociedad política sobre la sociedad civil, algo que Gramsci contrapone definiendo el terreno esencial de la lucha contra la clase dirigente en la sociedad civil: hegemonía es la primacía de la sociedad civil por sobre la sociedad política, para lo cual el análisis de Lenin previo fue fundamental.

Así, el camino hacia la Hegemonía es dificultoso, considerando que los grupos subalternos padecen siempre la iniciativa de los grupos dominantes, disgregándose así en parte el objetivo. Ante esto, Gramsci propone, en primera instancia, el logro de una hegemonía basada en la constitución de un bloque histórico, alternativo, que expresa el vínculo entre el plano social y económico de existencia de las clases y grupos sociales, y el plano ético, jurídico, ideológico y cultural, dándose así un enfrentamiento entre el bloque histórico tradicional, y el nuevo.

Gramsci diferencia, dentro de las estrategias de la izquierda revolucionaria mundial, a la Guerra de maniobras (o movimientos) y la Guerra de posiciones: La Guerra de maniobras se basa en un ataque frontal y su éxito más importante fue la Revolución Rusa, cuyas reproducciones terminaron en derrota, debido, según Gramsci, a un estancamiento del movimiento revolucionario mundial, indicando el fin de este período y el inicio de una recuperación que no tendrá las mismas características. Para él, era necesario pasar a una Guerra de posiciones (o asedio). En la política, el asedio es recíproco, y a esta guerra la llevan a cabo las grandes masas como grandes reservas de fuerzas morales que puedan resistir el desgaste y con una necesaria y muy hábil dirección política para impedir así la derrota (Bignami, 2004).

El aspecto esencial de la hegemonía de la clase dirigente reside en su monopolio intelectual, es decir en la atracción que sus propios representantes suscitan entre las otras capas de intelectuales, sometiendo como subordinados a los intelectuales de las demás clases sociales creando un bloque ideológico o intelectual que liga a las capas intelectuales a los representantes de la clase dirigente (Portelli, 1997).

Política y Cultura: El rol de los intelectuales...

Gramsci estudia extensamente el papel de los intelectuales en la sociedad afirmando que todos los hombres son intelectuales, en tanto que todos tenemos facultades intelectuales y

racionales, pero al mismo tiempo considera que no todos los hombres juegan socialmente el papel de intelectuales. Están los intelectuales tradicionales, como una clase aislada de la cuestión social, y aquellos grupos que la misma sociedad produce orgánicamente

Para Gramsci, la tarea del intelectual se extiende en relación a la concepción tradicional y por este motivo debe ser especialmente valorada social y políticamente. La mayor parte de los intelectuales forman parte de bloques sociales en cada momento único e irreplicable de la historia de una sociedad. Son escasos e irrelevantes socialmente quienes pueden desempeñar el rol del intelectual de manera totalmente autónoma, imparcial o independiente de las ideologías de su tiempo. Dice Gramsci sobre la función de los intelectuales:

Todo grupo social que surge sobre la base original de una función esencial en el mundo de la producción económica, establece junto a él, orgánicamente, una o más capas intelectuales que le dan homogeneidad y conciencia de su propia función, no sólo en el campo económico, sino también en el social y en el político... (Gramsci, 2014).

Y todo hombre participa de una concepción del mundo, tiene una línea consciente de conducta moral y contribuye a sostener o a modificar una concepción del mundo, a suscitar nuevos modos de pensar, y es la escuela el instrumento para la elaboración de los intelectuales de los diversos grados, que otorga la complejidad de la cultura y la civilización del Estado (Gramsci, 2014: p.392).

El modo de ser del nuevo intelectual no puede ya consistir en la elocuencia, sino en el mezclarse activo, en la vida práctica, como constructor, organizador, persuasor permanente precisamente por no ser puro orador y, sin embargo, superior al espíritu abstracto matemático; de la técnica – trabajo pasa a la técnica – ciencia y a la concepción humanista histórica, sin la cual se sigue siendo especialista y no se llega a dirigente (especialista + político”) (Gramsci, 2014: p. 392).

Intelectuales Orgánicos

Aquellos que formando parte de una organización de la clase dominante cumplen una labor totalizante en el ser parte justificadora de la forma que asume una estructura social en un determinado momento histórico. Son quienes propenden a la clase dominante a la cual están vinculados hacia una comunidad de intereses y una concepción del mundo homogénea y autónoma, y lo hacen tanto a nivel del saber como de la difusión.

Los intelectuales orgánicos son portadores a nivel del campo simbólico de la función hegemónica que ejercen las clases dominantes sobre la sociedad civil. También pueden formar parte del aparato del Estado y directa o indirectamente de los partidos políticos que constituyen los grupos dominantes.

El Sujeto Colectivo y el Príncipe Moderno...

Gramsci comparte con el marxismo que el partido político es el “intelectual colectivo” por excelencia, pero la idea de trabajar sobre la cultura y la conciencia de la sociedad, sobre la voluntad de las masas, lo aleja del leninismo, para quien la vanguardia del partido le inocula a la clase obrera, desde fuera, la conciencia revolucionaria que la enajenación le impide adquirir al estar viviendo en condiciones de explotación por parte del capital. Para Gramsci debe existir una relación dialéctica entre el sentir de las masas y el saber y la capacidad del Partido y sus dirigentes, si se quiere realmente transformar una sociedad compleja como la que él tiene en su mente (Della Rocca, 2013).

El Partido Político es la organización capaz de contribuir de manera decisiva a transformar las relaciones en una sociedad, formar cuadros intelectuales y disputar la hegemonía a una clase dominante y lo piensa como parte de un bloque histórico – social transformador del orden burgués, una voluntad colectiva nacional – popular que garantice el avance de la reforma intelectual y moral a fin de modificar las relaciones de fuerzas de una sociedad. Este partido es el de la clase obrera, representando a sus intereses de clase (Della Rocca, 2013).

Gramsci sigue la línea del “Príncipe” de Maquiavelo (simbolizado en un individuo investido de poder), argumentando que el “Príncipe Moderno” – el partido revolucionario – es la fuerza que permite que la clase obrera desarrolle intelectuales orgánicos y una hegemonía alternativa dentro de la Sociedad Civil. La naturaleza compleja de la Sociedad Civil moderna implica que la única táctica capaz de minar la hegemonía de la burguesía y llevar al socialismo es una “Guerra de Posiciones”. La Guerra de Movimientos (o ataque frontal) llevado a cabo por los bolcheviques fue una estrategia más apropiada a la sociedad civil “primordial” existente en la Rusia Zarista (Gramsci, 1979).

El moderno príncipe no puede ser una persona real, un individuo concreto, sólo puede ser un organismo, un elemento de sociedad complejo en el cual comience a concretarse una voluntad colectiva reconocida y afirmada parcialmente en la acción. Es el partido político la primera célula en la que se resumen los gérmenes de voluntad colectiva que tienden a devenir universales y totales. Es imposible cualquier formación de voluntad colectiva nacional – popular si las grandes masas no irrumpen simultáneamente en la vida política y es una gran parte del Moderno Príncipe la que debe estar dedicada a la cuestión de una reforma intelectual y moral, lo cual significa crear el terreno para un desarrollo ulterior de la voluntad colectiva nacional popular hacia el cumplimiento de una forma superior y total de civilización moderna.

La Reforma Intelectual y Moral...

El pensamiento de Gramsci refuerza la incesante búsqueda por lograr un reconocimiento del trabajo intelectual como forma de militancia en sí misma:

Cuando el impulso del progreso no va estrechamente ligado a un vasto desarrollo económico local que es artificialmente limitado y reprimido, sino que es el reflejo del desarrollo internacional que manda a la periferia sus corrientes ideológicas, nacidas sobre la base del desarrollo productivo de los países más avanzados, entonces el

grupo portador de las nuevas ideas no es el grupo económico, sino la capa de los intelectuales, y la concepción del Estado de la que se hace propaganda cambia de aspecto: éste es concebido como una cosa en sí, como un absoluto racional. La cuestión puede ser planteada así: siendo el Estado la forma concreta de un mundo productivo y siendo los intelectuales el elemento social del que se extrae el personal gobernante, es propio del intelectual no anclado fuertemente un poderoso grupo económico presentar al Estado como un absoluto: así es concebida como absoluta y preeminente la misma función de los intelectuales, es racionalizada abstractamente su existencia y su dignidad histórica (Gramsci, 1981).

Una reforma intelectual y moral en donde el materialismo histórico es la coronación de este movimiento, aspecto popular del historicismo moderno que afecta a toda la sociedad hasta sus más profundas raíces. Esta reforma para Gramsci es el terreno de la voluntad colectiva / nacional popular en la búsqueda de una forma lograda y total de civilización moderna. Esta acción inevitablemente debe desprenderse de la órbita del discurso, no quedándose simplemente como expresión del raciocinio (Gramsci, 2014).

Por esto, Gramsci aborrece la cultura entendida como saber enciclopédico y la opone a la cultura entendida como creación espiritual en un proceso histórico:

La cultura es cosa muy distinta (a la enciclopédica). Es organización, disciplina del yo interior, apoderamiento de la personalidad propia, conquista de superior conciencia por la cual se llega a comprender el valor histórico que uno tiene, su función en la vida, sus derechos y sus deberes (Gramsci, 1974: p. 285).

La cultura y la política son, en definitiva, los espacios reales de disputa y en donde se materializará esta reforma Intelectual y Moral y el cambio social profundo y perdurable en el tiempo que modificará para siempre a la sociedad civil y política.

Su visión sobre la transformación social como un proceso que crece desde abajo (*reforma intelectual y moral*) y que estructura una trama de instituciones para construir un orden nuevo, propone un populismo latinoamericano que, desde la visión del marxismo, plantea las relaciones entre intelectuales y masas, o intelectuales y pueblo-nación.

Una reforma intelectual y moral en donde el materialismo histórico será la coronación de este movimiento, aspecto popular del historicismo moderno que afectará a toda la sociedad hasta sus más profundas raíces. Esta reforma para Gramsci es el terreno de la voluntad colectiva / nacional popular en la búsqueda de una forma lograda y total de civilización moderna. Esta acción inevitablemente debe desprenderse de la órbita del discurso, no quedándose simplemente como expresión del raciocinio (Gramsci, 2014).

Para el autor, el “Moderno Príncipe”, el partido revolucionario, al desarrollarse trastorna todo el sistema de relaciones intelectuales y morales. Desarrolla así una reforma intelectual y moral (revolución popular en algunos pasajes de los Cuadernos de la Cárcel) que realiza a escala nacional lo que el liberalismo no logró realizar sino para grupos restringidos de la población (Gramsci, 2014).

Para muchos intelectuales argentinos, Gramsci es el primer marxista que desde la política parece hablar para ellos. De alguna manera expresa lo que los intelectuales de entonces querían ser: “...*hombres políticos capaces de retener la densidad cultural de los hechos del mundo...*” (Aricó, 2005: p. 39).

En América Latina, la crisis del compromiso populista no genera movimientos revolucionarios capaces de romper esas estructuras rígidas, sino una seguidilla de golpes de estado, con la implementación de una violencia sistemática, que destruye estructuralmente un tejido cultural históricamente constituido, lo que tristemente provoca una modificación en las condiciones de trabajo intelectual. Pero el exilio, interior y exterior, genera una apertura al debate basada en el contacto interregional, mayor disciplina académica y mayor responsabilidad política.

Ante esto, el aporte de Gramsci conforma una propuesta que trae aparejada la idea de una renovación de la cultura política de la izquierda, que intenta devolverle una capacidad, digamos perdida, de interpretación de los fenómenos reales de la sociedad, teniendo como punto de partida experiencias, tradiciones y luchas concretas de una pluralidad de sujetos.

La categoría de *nacional – popular* es central en su pensamiento, ya que refiere al problema en las relaciones entre intelectuales y pueblo y de sus consecuencias sobre el tema de la construcción de la nación y de la transformación socialista. Esto se relaciona con la ausencia de una profunda revolución popular capaz de superar el distanciamiento entre elites y pueblo-nación. Y verdaderamente existe un vacío y ausencia de un movimiento político y social y este vacío se vincula a la función cosmopolita de los intelectuales, alejados del pueblo, de la nación, ligados a una tradición de casta que nunca fue rota por un fuerte movimiento político - nacional – popular desde abajo (Aricó, 2005).

Un grupo social puede e incluso debe ser dirigente aun antes de conquistar el poder gubernamental [...] después, cuando ejerce el poder y aunque lo tenga fuertemente en el puño, se vuelve dominante pero debe seguir siendo `dirigente`. [...] resulta claro que puede y debe existir una actividad hegemónica incluso antes del ascenso al poder y que no hay que contar sólo con la fuerza material que el poder da para ejercer una dirección eficaz (Gramsci, 1981: p. 387).

Es necesario entonces encontrar el camino hacia el “reencuentro” por un lado de los trabajadores, transfiriendo sus “lealtades” hacia un proyecto político que los incorpore, y por otro lado, del lado de la izquierda, lograr un desplazamiento desde el campo “liberal-democrático” al “nacional – popular” (Tortti, 2007).

La noción de hegemonía que menciona Aricó y que es desarrollada por Gramsci permite apuntar a la construcción de aquella dirección intelectual y cultural por parte del proletariado en el terreno de las superestructuras, incluso previo al momento de una transformación estructural. El concepto implica reconocer la autonomía relativa de las superestructuras convirtiéndolas en un terreno de lucha en sí mismo, en el que el proletariado debe fortalecer su rol en la dirección del proceso social dirigiendo a otros sectores de la sociedad civil en su batalla contra la burguesía. En la construcción de una nueva hegemonía social dirigida por el proletariado, el Partido cumple un papel central en

la creación de consenso con potenciales aliados. Y dentro del Partido, los intelectuales que, más allá de su procedencia de clase, han decidido integrarse a la acción en esa organización -entendida como un “intelectual colectivo”- actúan, a través de esa mediación vinculados orgánicamente al proletariado.

En la modificación de la conciencia de los hombres se encuentra una de las claves en la relación entre la cultura y la política, en tanto es en ese plano de la conciencia, que la revolución puede “anticiparse” a los cambios estructurales materiales. El sujeto como portador y árbitro de sus propios significados y sus prácticas y como actor del cambio histórico.

En Argentina, se construye así, a nivel nacional, la categoría de lo “popular” como sector “salvacionista” de “regeneración social” (Terán, 1991: p. 58) a partir de la cual los intelectuales se apropiarán otorgándole la legitimidad necesaria para el espacio de lo popular en el interior del discurso letrado. Así, estos intelectuales juegan un papel fundamental para la organización y la dirección de las masas. Y en ese sentido, la creación de una intelectualidad orgánica tiene también estrecha relación con la formación de un partido, en el que la relación entre intelectuales y masas permiten el desarrollo y el fortalecimiento de una conciencia económica, política y social, y en el que los intelectuales se vinculan al grupo social representado mediante su participación en la vida partidaria.

La formación de intelectuales políticos calificados y con conciencia transformadora, es una cuestión que dota a la cultura de un rol funcional y militante.

En ese tejido de aliados, en ese frente, la clase obrera tiene un papel central habiendo alcanzado conciencia de sus verdaderos fines de liberación, y es en el desarrollo de esa conciencia y su articulación con la práctica concreta.

Ser revolucionario consiste en establecer las alianzas necesarias y acumular el mayor número de fuerzas para producir los grandes cambios que requiere nuestra sociedad”. Se trata, en definitiva, de “lo que Gramsci llamaba *‘el bloque histórico’*, que en circunstancias concretas de tiempo y desarrollo significa la confluencia de todas las fuerzas interesadas en una modificación social que vaya más allá de las meras apariencias.

La cultura se presenta entonces como un ejercicio de la conciencia nacional. Pero tal ejercicio no corresponde solamente a una elite privilegiada portadora de la “iluminación” de toda la sociedad. Porque la cultura como privilegio, escribe y envilece tanto como el oro. Los intelectuales no deben ser, en este sentido, individuos desvinculados de la sociedad, sino prestadores de un ineludible servicio social. “*El carácter nacional-popular de la inteligencia es sin disputa la primera condición de toda clase revolucionaria*”. Y es “nacional-popular” y no simplemente “nacional” porque, como bien explica Gramsci, esto último implica un sentimiento puramente subjetivo y desligado de la realidad e instituciones objetivas, que se identifica con los estudiosos que pretenden permanecer aislados para mantener un solitario y poco útil prestigio Agosti, 1951).

En una verdadera revolución la cultura se presenta al mismo tiempo como instrumento para la transformación social y como producto renovado en quiebra con el contexto cultural que la engendró.

Esta dialéctica es la que hace de la cultura un terreno principalísimo en la lucha revolucionaria.

La cola del diablo en América Latina...

La interferencia gramsciana en la producción teórica y política de la izquierda latinoamericana no es estruendosa, sino paulatina, y hasta desconfiada.

Sobre la cuestión de la difusión de la obra de Antonio Gramsci en América Latina se permite hablar de dos períodos: el primero que inicia en los ´50 hasta principios de los ´70 y el segundo desde mediados de los ´70 en adelante.

En la primera etapa los principales centros de edición de la obra de Gramsci en Latinoamérica son Argentina (primero con la Editorial Lautaro vinculada al Partido Comunista de Argentina y a partir de 1963, con la revista Pasado y Presente), y Brasil, con la Editorial “Civilización Brasileira”.

A su vez, en Argentina su lectura tiene dos momentos: en el período comprendido entre 1950 y 1963, Gramsci aparece vinculado y limitado a los sectores del PCA que militan en el trabajo cultural (matriz culturalista de lo nacional-popular). En este momento Gramsci es leído sólo como un teórico de la cultura.

Luego, ya fuera de la estructura del PCA, en manos de los expulsados de sus filas, Gramsci se difunde vinculado a otras corrientes políticas de la época, a críticas de la política y la teoría del PCA pero continuadoras de la tradición leninista (matriz obrerista).

Antes del primer momento detallado, a principios de los años ´40, Gramsci es un desconocido en América Latina, y principalmente en Argentina, pero tocando los ´50 un intelectual de las filas comunistas, un brillante intelectual argentino, Héctor P. Agosti, se propone publicar los Cuadernos de la Cárcel del intelectual italiano con el propósito de difundir su pensamiento; que será la base desde la cual partirán los miembros que comenzarán con Pasado y Presente y que a su vez tendrá profundas implicaciones políticas, además de teóricas y culturales. En ésta década aún la difusión es reducida a pequeños círculos.

Muchos consideran que la divulgación de Gramsci es algo efímero, sólo como bien cultural, pero es necesario comprender que ella pone el acento en lo que una sociedad necesita para verse a sí misma, para alcanzar una autoconsciencia, y sobre todo para remover el pasado desde el presente. En palabras de Aricó:

...para hacer resonar en el presente el eco de lo removido es preciso volverse contra todo aquello que ha fijado el pasado en la memoria de las clases dominantes...la tarea entonces no puede ser otra que arrancar el pasado de la tradición en la que las ideologías dominantes lo han aprisionado...(Aricó, 2005: p. 29).

La lectura del pensador comunista italiano permite que la cultura latinoamericana adopte diversas categorías analíticas de su discurso; una apropiación cultural que rebalsa el ámbito académico para involucrar a la política y sus lenguajes. Se introduce así un cambio de lógica en el pensamiento de la transformación social en América Latina: desde la lógica del asalto del poder se pasa a la lógica de construcción de nuevos poderes, la *lógica de la construcción de hegemonía*.

Así, se intenta abandonar la vieja lógica, la de la teoría leninista de la revolución, que a los tradicionales conceptos del materialismo histórico agrega una serie de elementos tomados fundamentalmente de la Revolución Rusa, que especifican los problemas práctico-políticos de la revolución.

Gramsci otorga mucho más que lecturas y traducciones. Otorga métodos de validez general, enriquecido por una contribución creadora en el campo de la metodología política de la cultura. Pero esta lectura y métodos deben empezar por lo que el país es y no por lo que ideológicamente se quiere que sea.

Lo que cautiva a los intelectuales del gramscianismo es principalmente su carácter nacional. Existe una estrecha identificación entre la realidad de nuestro país y la italiana, y la formulación de conceptos que se sienten como propios, tales como “intelectuales orgánicos”, “bloque histórico”, y “hegemonía”. Un pensador como Gramsci puede ayudar a someter a crítica a una tradición que nos parece inadecuada para hacerse cargo y para resolver las demandas de una realidad tan compleja como la argentina, como la que deja el peronismo.

Peronismo, Intelectuales y Pueblo...

El tema del histórico divorcio entre las elites culturales y el pueblo ocupa un considerable espacio en los debates acerca de la intelectualidad argentina en el siglo XX. Debates que experimentaron diversas etapas, enmarcadas en los vaivenes políticos y culturales del país y que sin duda encuentran un momento bisagra en los años '60/'70.

La producción intelectual destinada a dar cuenta de la realidad nacional es altamente sensible a los acontecimientos políticos, como el fenómeno peronista, operando éste sobre una franja crítica; desde su estadía en el gobierno hasta su derrocamiento y generando un proceso de relectura.

El fenómeno peronista actúa sobre una franja crítica y sobre un complejo movimiento que se da desde una oposición mientras el peronismo está en el gobierno hasta un proceso de relectura encarnizado a partir de su derrocamiento. Este movimiento busca crear un espacio intelectual entre el campo liberal y la ortodoxia peronista. Ésta escisión definirá el nacimiento de la *Generación Crítica* que se consumará luego de la caída del peronismo (Terán, 1991).

Esta *generación crítica* de la que habla Terán sólo se consumará luego de la caída del peronismo, siendo éste hecho, como así también el golpe del '66, lo que dará sentido a las diferentes prácticas, incluida la teórica, incluida también una reconstrucción estructural del

cruce entre modernización cultural, compromiso político e ideas revolucionarias (Terán, 1991).

En la historia del marxismo, la relación pueblo – clase-obrera es un eje de la interpretación del desarrollo histórico de las revoluciones, así como de los problemas estratégicos acerca de la alianza de clases a establecer y el rol de la clase obrera en la misma. Una clase obrera que es el centro que garantiza la superación del atraso económico, la transformación del orden político y la identificación con los intereses de la nación. “Movimientos populares” que son considerados como la “forma” por antonomasia de los movimientos históricos argentinos y que durante el peronismo se conforma en un verdadero hecho de masas que sería gravitante en la política argentina y que años después depositaría toda su “fe revolucionaria” en los hechos acontecidos en Cuba.

En nuestro país la disyuntiva entre autonomía obrera o subordinación a lógicas político – partidarias está presente en el origen de las primeras asociaciones obreras y atraviesa con mucha tensión la primera mitad del siglo XX, hasta resolverse en la masiva identificación de los trabajadores con un movimiento político, el peronismo, que no se plantea como un movimiento de clase (Schmucler, Malecki, Gordillo, 2009).

Una clase obrera en la Argentina que se constituye como clase al mismo tiempo que como integrante del “movimiento nacional” peronista. Se identifica el surgimiento de la clase justo con el mismo momento en que pierde su identidad diferenciada y queda subordinada a un “movimiento nacional y popular”, por un largo periodo histórico; movimiento que avanza a pasos agigantados en su “domesticación”. La cuestión es que toda vez que se genera un cuestionamiento o crisis de hegemonía del sindicalismo peronista crecen las expectativas o se reinstala el tema de la autonomía obrera.

Eso ocurrió en el contexto de finales de los '60, cuando el ciclo de protesta abierto con el “Cordobazo” del 29 y 30 de mayo de 1969 hizo posible la emergencia de movimientos de base que cuestionaron a las burocracias. Entre ellos se ubica la acción del SiTraC y SiTraM “clasistas”, que tanto interés despertó en el grupo ligado a la publicación de la revista Pasado y Presente y que se remontaba a la atención prestada por “Pancho” Aricó al anterior conflicto y huelga en Fiat en julio de 1965, protagonizada también en esa ocasión por los sindicatos de planta cuyos dirigentes fueron luego desplazados por la empresa (Schmucler, Malecki, Gordillo, 2009: p. 20).

El período del movimiento obrero previo al surgimiento del peronismo, que engloba las experiencias del anarquismo, socialismo y comunismo, si bien deja valiosas lecciones para la estrategia del proletariado y dura casi lo mismo o más que el “ciclo peronista” (si contamos desde las primeras sociedades obreras hasta las huelgas de la carne de 1943), aparece como un período en el cual el movimiento obrero actúa como un factor independiente (sin perder de vista el desarrollo creciente de sectores más proclives a la subordinación al estado expresado en la corriente “sindicalista”), pero sin hegemonía, es decir, sin un rol dirigente respecto de los restantes sectores oprimidos, en especial las capas medias urbanas (con la excepción de las alas izquierdas que surgieron en la Reforma Universitaria). Y esto es relativamente lógico porque las corrientes predominantes no tienen una estrategia “hegemónica”: El PS es puramente parlamentario, los anarquistas son muy

combativos pero tienen una concepción más cercana al “populismo”. El PC, a pesar de su gran rol en la organización de la nueva clase obrera durante los años '30, lo hace bajo una orientación general ultraizquierdista, que después vira al Frente Popular con la “burguesía democrática” y los “sindicalistas” se integran en el peronismo.

Luego de 1955, una vez derrocado Perón e intervenidos los sindicatos, la mayoría de los partidos de la izquierda tradicional se suman o alientan la desperonización de los trabajadores, encontrando el terreno para conformar agrupaciones dentro de los mismos sindicatos. En este contexto se da una especie de “autonomía obrera” como la sostenida por Agustín Tosco en el sindicato de Luz y Fuerza de Córdoba, al proclamar la independencia sindical de cualquier partido político y del Estado, y defender al sindicato como el ámbito genuino de lucha de la clase (Schmucler, Malecki, Gordillo, 2009).

La perspectiva más fuerte de Tosco es fortalecer al movimiento obrero desde la unidad y no desde la unificación de las diferencias. Una unidad en la acción a pesar de las diferencias ideológicas y desde la conformación de sindicatos fuertes pero descentralizados, capaces de demostrar su autonomía frente a las dirigencias centralizadoras.

Es evidente que no se dará la tan esperada “desperonización” de la clase obrera; muy por el contrario ésta confirma y reafirma su identidad política en medio de un clima revolucionario y combativo y entiende que los vínculos con sus líderes peronistas son más sólidos de lo que pensaban. Así, una “nueva izquierda” busca el camino para la cuestión del peronismo, pero no para integrarlo, sino para revolucionarlo (Torti, 2007).

Un ejemplo de esto es lo que sucede en Córdoba, ciudad con un gran cordón industrial que contiene a su vez a un incipiente sindicalismo clasista combativo. El concepto de “clasismo” hace referencia a la práctica sindical y política de aquellas fracciones de la clase obrera y trabajadora que logran construir, a partir de un proceso histórico de lucha y confrontación, una identidad social, una estructura de sentimiento y una conciencia colectiva de su antagonismo irreductible con las clases explotadoras, dominantes, hegemónicas y dirigentes (Kohan, 2011).

La industria metalmecánica que comienza a desarrollarse en Córdoba transforma radicalmente a la ciudad en una metrópolis industrial en menos de dos décadas, generando a su vez una serie de transformaciones en el ámbito económico y social: a la importancia del sector industrial se le suma el crecimiento y consolidación de un núcleo de trabajadores altamente calificados. Este factor propicia el desarrollo posterior del sindicalismo cordobés:

...los principales sostenes del movimiento obrero cordobés de los sesenta y los setenta fueron tres sindicatos: Luz y Fuerza (LyF) que agrupó a los trabajadores de la EPEC, el SMATA que nucleó a los mecánicos (entre ellos a los de las plantas IKA – Renault) y la UOM que representó a los metalúrgicos... (Schmucler, Malecki, Gordillo, 2009: p. 34).

A partir de 1955 se conforma entonces un nuevo tipo de obrero industrial, el cual desarrollaría prácticas combativas y un alto grado de autonomía frente a las cúpulas sindicales nacionales lo que permite el fortalecimiento de una cultura contestataria y de resistencia, que es la real protagonista en los sucesos de mayo de 1969 e inicios de los '70,

sumergiéndose en un estado de movilización ininterrumpida y que expresa una profunda crisis que afecta a todo el movimiento cordobés: crisis de las instituciones obreras y movilización de los trabajadores de las grandes empresas monopolistas que confían más que nunca en la potencia de su movilización.

Siempre que la clase obrera vive, se piensa a sí misma y actúa como clase para sí, lo hace como sujeto histórico autónomo, desarrollando prácticas clasistas. Una experiencia particular de este clasismo es la protagonizada por los sindicatos SITRAC (de FIAT – Concord) y SITRAM (de FIAT – Materfer) a comienzos de los '70, aunque la gestación real comienza una década antes).

Los rasgos esenciales del clasismo tienen como puntos principales la adopción de la concepción marxista de la sociedad y de una estrategia reivindicativa para combatir la atomización de clase, las reivindicaciones vinculadas a las condiciones de trabajo y que tienden a la constitución del poder obrero dentro de la fábrica, con la politización de la lucha y el desarrollo de la conciencia de su propia función en el campo económico, social y político, junto a una política sindical autónoma del Estado y de los partidos políticos, interviniendo en el mercado de trabajo y reconociendo la necesidad del ejercicio de la democracia sindical como eje central del clasismo, aunque se asume la existencia de contradicciones entre la cúspide y la base (Schmucler, Malecki, Gordillo, 2009).

El abandono de la lucha por parte de los intelectuales burgueses hace necesaria la exaltación revolucionaria de la inteligencia del proletariado, “de los que quieren poner en la obra de sus días pensamiento y acción”. La burguesía ya no puede responder a los conflictos de clase. Son “empleados” de la clase dominante. Por eso es necesario elevar a las masas a la cultura denunciando el carácter cosmopolita de la literatura, una literatura con un contenido intelectual y moral que es expresión del “pueblo-nación”. Una literatura no vinculada a lo popular nunca puede considerarse como nacional. Es entonces que se comienza a actuar discursivamente desde el espacio público, idealizando a los modelos humanos estrechamente vinculados con la práctica política.

Este grupo incipiente de intelectuales de izquierda es un movimiento heterogéneo, en donde existe un lenguaje compartido y un estilo político que va dando unidad a grupos provenientes del peronismo, de la izquierda, del nacionalismo y de los sectores católicos ligados a la teología de la liberación. Juntos son “pueblo y revolución” que repudian al autoritarismo militar y confirman una desconfianza hacia las reglas e instituciones de la democracia liberal (Tortti, 2007).

Así se deja ver el desengaño ante el ámbito liberal que en esos años existía con una gran incapacidad crítica sobre la realidad.

Recordemos que los primeros gobiernos peronistas ponen a la “cultura culta” en manos de aquellos que estaban dispuestos a mezquinar la circulación de saberes y bienes culturales. Por esto, es muy valorable que estos intelectuales de la Generación Crítica hayan podido articular una empresa dentro de la cultura ilustrada y de elite, que incluso perdura en el tiempo después de la caída de Perón. La búsqueda de legitimación por parte de este grupo que se aferra a un pensamiento alternativo, se da a través de numerosas revistas y publicaciones y a través del ejercicio estricto de la práctica teórica – política, como los

casos de las revistas Contorno, Pasado y Presente y La Rosa Blindada, por sólo dar algunos ejemplos.

Para estos grupos de intelectuales es el momento de la verdad. La realidad que el peronismo trae ya no se puede eludir y genera a su vez una “*autocupabilización promovida tanto por sentirse beneficiarios de un privilegio de intelectual socialmente injusto, cuanto porque esa misma colocación ha concluido por separarlos más del pueblo y cegarlos para percibir la real novedad del peronismo*” (Terán, 1991: p. 26).

Para la relectura del peronismo, en el caso de Pasado y Presente, al inicio se valora positivamente al sartrismo, para desplegar luego en un reexamen adscripto a Gramsci.

Se presentan como comprometidos, pero sobre todo orgánicos, sólo con las masas argentinas y portavoces del pueblo – nación en contra de un liberalismo caduco, un reflejo de la deformación de la democracia:

En el caso de Contorno y el "intelectual comprometido" tiene relación con la influencia de Sartre y la reflexión sobre las consecuencias de la emergencia y caída del peronismo, sobre la idea de intelectualidad orgánica está directamente asociada a una recepción de Gramsci, realizada por los miembros de PyP que fueron expulsados del PC, ya que el PC tomaba a Gramsci solamente desde el punto de vista de un "luchador antifascista", "ejemplo moral", etc., en el mejor de los casos (Dal Maso, 2013).

El problema de la “superación” del peronismo está planteado como tarea principal. Todos los intelectuales piensan que se inicia un nuevo capítulo en la historia de la izquierda argentina en el que se puede proyectar y trabajar en un encuentro con un mundo de trabajadores al que la experiencia peronista los aparta de su destino de clase. Es una ocasión histórica que debe ser aprovechada a favor de una política de transformación en pos de una renovación teórica y política de la izquierda.

En los años que anteceden y siguen a la caída del peronismo, un viento de polémica sacude a una generación que se interroga con angustia por las razones de su desarraigo y de su frustración, pero también por las causas del atraso argentino. Sólo una transformación en sus tradiciones, en sus funciones y en sus sentimientos puede permitirles a estos intelectuales trabajar en común y darse formas organizativas estables en una entidad nacional.

Comienza entonces a definirse un “nosotros” que engloba a los nuevos intelectuales que conformarían un modelo que luego se convertiría en hegemónico.

Así el actor intelectual diseña un espacio verdadero de reflexión dentro del cual la nueva izquierda aprende a reconocerse y a pensarse, empujado por una coyuntura histórica, institucional, social y por una discursividad propia.

Se genera así:

...un clima de ideas propicio y una incitación hacia la “socialización” y “nacionalización” de preocupaciones que debían desembocar en la problematización del fenómeno peronista como aquel dato terco de la realidad que desafiaba toda comprensión de la situación nacional (Terán, 1991: p.12)...

Estos intelectuales se encuentran entonces en una encrucijada:

...de un lado por una exigencia ideológica de compromiso con la realidad sociopolítica y del otro por la confrontación con una clase obrera masivamente adherida a esa ideología y prácticas peronistas cuyos efectos sobre sus propios proyectos intelectuales habían sentido pesar gravosamente durante las dos primeras presidencias de Juan Domingo Perón (Terán, 1991).

La soldadura entre intelectuales y clase obrera no necesita de la mediación comunista. Necesita justamente de todo un proceso de desconocimiento / reconocimiento de la labor propia de los intelectuales y de la comprensión de una realidad histórica; y la previa fractura siempre es un síntoma típico en un proceso de desnacionalización cultural, acentuado por una especie de “travestismo ideológico” erigido por el imperialismo, con el que entonces se rompe y con la burguesía nacional, la que pierde inminentemente su protagonismo de cambio, ahora incapaz de lograrlo, y reemplazada por otros actores sociales, pudiendo así colocar a la clase obrera como líder de la nación y del movimiento nacional. Al fin y al cabo, el antiintelectualismo y la escisión intelectuales - clase obrera es lo que en definitiva no permite que muchos sectores comprendan el verdadero fenómeno del peronismo:

El anti intelectualismo viene desde el peronismo tradicional, entonces dice que para poder conocer el pueblo, para poder convertirse en líder político, no hace falta el conocimiento y el valor del pensamiento, sino que hay que ir a las masas populares para que las masas populares entreguen y expliquen su sabiduría de vida, de existencia....

Así, una realidad se desmorona y salen a la luz nuevas generaciones, desmitificando la visión optimista de esa realidad, una realidad ficticia, donde al fin los hombres ponen en práctica su voluntad transformadora, su fe en la revolución.

Fueron el golpe de Estado del '66 y su ataque a los sectores y aspectos progresistas de la cultura argentina los que construyeron un nuevo campo de problematización acerca de las relaciones entre intelectuales, política y violencia, sobre el cual la tematización de la vía armada recién entonces alcanzaría un nivel de pertinencia hasta ese momento insospechado.

Conclusión...

Un sistema democrático precario, el autoritarismo, la desigualdad social, el conformismo ante la crítica y la lucha ideológica, son los problemas que Gramsci enfrenta en su tiempo y lugar y que encuentran similitudes con varios países de América Latina.

A diferencia de otros pensadores marxistas, Gramsci comprende que la derrota del proletariado europeo pone en evidencia un déficit cultural y político que debe ser cubierto por una reformulación de los instrumentos analíticos tradicionales que permitan que una nueva ciencia de la política pueda medirse productivamente con la realidad de un mundo que ha cambiado de modo radical.

Muchas de las categorías de Gramsci son tomadas y aplicadas por las izquierdas para analizar la realidad latinoamericana y puntualmente la Argentina, ante un contexto de época que incide notablemente, generando el espacio propicio para una tajante renovación discursiva y un profundo cambio en la concepción de la política.

El nexo intelectuales – movimientos populares – nueva izquierda se transforma en el condimento ideal para una seguidilla de hechos que marcan una época, promoviendo a una transformación política y cultural que sienta las bases, con el autoritarismo estatal de por medio, para la violencia de los ´70.

Se habla de una “cultura revolucionaria” caracterizada en una praxis histórica hacia la lucha por la hegemonía y el poder y que empodera a esta nueva generación que se obsesiona con cambiar el presente y ser el legado histórico de las futuras.

Por esto, es posible pensar que el mensaje de Gramsci sigue siendo actual porque nos remite al problema irresuelto del sentido; aquel que la modernidad ha colocado de manera angustiante ante los hombres del presente.

Referencias Bibliográficas...

- **Agosti, H.** (1951). Echeverría. Buenos Aires, Argentina: Ed. Futuro.
- **Aricó, J. M.** (2005). La Cola del Diablo: Itinerario de Gramsci en América Latina. Córdoba, Argentina: Siglo XXI Editores Argentina S.A.
- **Bigname, A.** (2004). La Guerra de Posiciones. Selección de escritos de Antonio Gramsci. Buenos Aires, Argentina: Ed. Nuestra Propuesta, Partido Comunista de la Argentina.
- **Bobbio, N.** (1989). Estado, Gobierno y Sociedad: por una teoría general de la política. México D.F. Fondo de Cultura Económica.
- **Della Rocca, M.** (2013). Gramsci en la Argentina. Los desafíos del Kirchnerismo. Buenos Aires: Ed. Dunken.
- **Fiori, G.** (2009). Vida de Antonio Gramsci. Buenos Aires, Argentina: Ed. Peón Negro.
- **Gramsci, A.** (1918). La Revolución contra el Capital II. Il Grido del Popolo.
- **Gramsci, A.** (1974). Pasado y Presente. Buenos Aires, Argentina: Ed. Peón Negro.
- **Gramsci, A.** (1979). Cuadernos Políticos N° 21. México D.F.: Ed. Era.
- **Gramsci, A.** (1981). Cuadernos de la Cárcel. Edición Crítica del Instituto Gramsci. México D.F.: Ed. Era S.A.
- **Gramsci, A.** (2014). Antología, Volumen II. Buenos Aires, Argentina: Ed. Siglo XXI.
- **Kohan, N.** (2011). Tradición y Cultura Crítica. Buenos Aires, Argentina.
- **Paulinelli, M.** (2013). Entrevista.
- **Portelli, H.** (1977). Gramsci y el Bloque Histórico. México. Siglo XXI Ed.

- **Schmucler, H., Malecki, S. y Gordillo, M.** (2009). El Obrerismo de pasado y presente: documentos para un dossier, no publicado, sobre Sictrac – Sitram, La Plata, Buenos Aires, Argentina: Al Margen.
- **Terán, O.** (1991). Nuestros Años ´60: La Formación de la Nueva Izquierda Intelectual en Argentina 1956 – 1966. Buenos Aires, Argentina: Punto Sur S.R.L.
- **Tortti, M. C.** (2007). El Viejo Partido Socialista y los orígenes de la nueva izquierda. Tesis Doctoral. UNLP, La Plata, Buenos Aires, Argentina. Recuperado de: <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.259/te.259.pdf>